

**CARTAS
DE SAN JUAN
DE DIOS**

Cartas de San Juan de Dios

CARTA A LUIS BAUTISTA

En nombre de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra Señora la Virgen María, siempre entera, Dios delante sobre todas las cosas del mundo. Dios os salve, hermano mío en Jesucristo e hijo mío muy amado, Luis Bautista.

Una carta vuestra recibí, que me enviaste de Jaén, de lo cual hube mucho placer y me holgué mucho con ella, aunque del dolor que habéis tenido de vuestras muelas me ha pesado, porque de todo vuestro mal me pesa y de vuestro bien me place. Me envías a decir que no hallaste ahí ningún recaudo para lo que ibais a buscar.

Por otro cabo me decís que queréis ir a Valencia, no sé dónde. Yo no sé cosa que os diga. Es tanto de rebato esta carta para que luego os envíe, dándome tanta prisa que casi no tengo lugar de encomendarlo a Dios, que es menester encomendarlo mucho a nuestro Señor Jesucristo y de más espacio que estoy yo. Y viendo como vos sois tan flaco muchas veces, ende más con esto de las mujeres, que no sé yo qué os diga para traeros acá porque Pedro no es ido ni sé cuándo se irá, mas él dice que se quiere ir, mas yo no sé de cierto cuándo será su ida.

Si yo supiese de cierto que acá aprovecharíais para vuestra alma y para la de todos, luego os mandaríais que os vinieseis, mas he miedo no sea otra cosa; mas paréceme que sería mejor correr ahora la crujía algunos días, hasta que vinieseis muy bien hecho, sujeto a trabajos y días de muy mucha mala ventura y de mucho bien a vueltas, mas por otro cabo me parece que si os habéis de ir a perder, que sería muy mejor volveros, mas en esto Dios sabe lo mejor y la verdad.

Por eso me parece que será mejor que antes que de ahí os mudéis, de esa ciudad, que lo encomendéis mucho a nuestro Señor Jesucristo y yo también que haga acá lo mismo y para eso que me escribáis muy a menudo; y os informareis ahí de los peregrinos que pasan para un cabo y para otro. Ahí os dirán qué tal está esa tierra de Valencia. Si fuéreis a Valencia, veréis el cuerpo santo de san Vicente Ferrer, pues que me parece que andáis como barca sin remo, pues a mí, muchas veces, me hacen dudar, como hombre sin tiento, pues estamos ambos a dos que no sabemos cosa que hacernos vos ni yo; pues Dios es el sabedor y el remediador, Él nos dé remedio a todos y consejo. Pues a mí me parece que andáis como piedra movediza, bueno será que vais un poco a rasgar vuestras carnes y pasar mala vida, hambre y sed, y deshonras y cansancios y angustias y trabajos y enojos. Esto todo ha de ser por Dios pasado, que si acá venís, habéis de pasar todo esto por amor de Dios.

Y por todo habéis de dar muchas gracias a Dios, por el bien y por el mal. Acordaos de nuestro Señor Jesucristo y de su bendita Pasión, que volvía por el mal que le hacían,

Cartas de San Juan de Dios

bien. Así habéis de vos hacer, hijo mío Bautista, que cuando vengáis a la casa de Dios, que sepáis conocer el mal y el bien; mas si vos de todo en todos supieseis que con esa ida os habíais de perder, más valdría volver aquí o a Sevilla, donde nuestro Señor Jesucristo más os guiase; mas si acá venís, habéis de obedecer mucho y trabajar mucho más que habéis trabajado y todo en cosas de Dios. Desvelaros en curar los pobres: la posada está abierta para vos. Querríaos ver venir de bien en mejor, como a hijo y hermano.

En esta carta no me tomareis tiento, porque estoy muy de prisa y no os puedo escribir cosa larga, porque no sé si el Señor será servido que volváis a esta casa tan aína ni sé si quiere que padezcáis por allá; mas acorda que si venís, que habéis de venir de hecho y os habéis de guardar mucho de las mujeres, como del diablo. Ya se va allegando el tiempo que habéis de tomar estado. Si habéis de venir acá, habéis de hacer algún fruto a Dios y habéis de dejar el cuero y las correas. Acordaos de san Bartolomé, que lo desollaron y llevó el pellejo a cuestras, que, si acá venís, no habéis de venir sino para trabajar y no holgar, que al hijo más querido se le dan mayores trabajos.

De la venida de acá haced lo que mejor os pareciere y Dios os diere a entender. Si os parece de correr ahora el mundo y buscar alguna ventura, donde Dios mejor se sirva, haced todo como quisiere y fuese servido, como aquellos que van a las Indias a su ventura. Haced de manera que siempre me escribáis donde quiera que estuviereis. Todos los días de este mundo ved a Dios, ved misa entera siempre, confesaos a menudo, si posible fuere; no durmáis en pecado mortal ninguna noche; amad a nuestro Señor Jesucristo sobre todas las cosas del mundo, que por mucho que vos le améis, mucho más os ama Él. Tened siempre caridad, que donde no hay caridad no hay Dios, aunque Dios en todo lugar está. En pudiendo iré a dar vuestras encomiendas a Lebrija.

Vuestra carta ya la di a Bautista en la cárcel; se holgó mucho con ella, y le dije que escribiese luego para enviaros la carta. Ahora quiero ir a ver si ha escrito para enviáosla. A todos tened por encomendados; a todos di vuestras encomiendas, a grandes y a chicos, y a la Ortiza, y a Miguel; y dice Pedro que si venís, que estaréis allí con él hasta que se vaya; y si viniere lo mismo. Aquí no hay más que deciros, sino que Dios os salve y os guarde y os encamine en su santo servicio a vos y a todo el mundo. Cesó y no de rogar a Dios por vos y por todos. Seos decir que me ha ido muy bien con el Rosario, que espero en Dios rezarlo cuantas veces pudiere y Dios quisiere.

Ya os tengo dicho que si viereis que os habéis de perder en esta ida, haced lo que mejor viereis. Primero que os mudéis de esa ciudad, decid algunas misas al Espíritu

Cartas de San Juan de Dios

Santo y a los Reyes, si tuviereis con qué, y si no la voluntad buena basta; si esto no bastare, baste la gracia de Dios. El menor hermano de todos, Juan de Dios, si Dios quisiere muriendo, mas empero callando y en Dios esperando, esclavo de nuestro Señor Jesucristo, deseoso de servirle, amén Jesús. Aunque no soy tan buen esclavo como otros que muchas veces doy en zaíno, muchas veces le soy traidor, aunque me pesa harto de ello aunque mucho más me había de pesar. Dios me quiera perdonar a mí, y a todo el mundo Dios quiera salvar.

Escribidme todo lo que pasa por allá. Una carta os envío aquí cerrada, que me enviaron que os la diese; yo no la quise abrir por seros leal, ni sé si viene a vos, ni a Bautista el de la cárcel; si viniere para el de la cárcel, leedla y enviádmela para que se la dé; y si Bautista hubiere escrito su carta, irá con estas dos. Ahora queda con Dios y anda con Dios.

Cartas de San Juan de Dios

PRIMERA CARTA A GUTIERRE LASO

En nombre de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra Señora la Virgen María, siempre entera. Dios delante sobre todas las cosas del mundo. Dios os salve, hermano mío en Jesucristo Gutierre Laso, a vos y a toda vuestra compañía, y a cuantos Dios quisiere y mandare, amén Jesús.

La presente es para haceros saber cómo yo llegué muy bueno, a Dios gracias, y traje más de cincuenta ducados. Con lo que tenéis allá y lo que yo traje, pienso que allegarán a cien ducados; y después que vine, me he empeñado en treinta ducados, o más, que ni basta eso ni eso otro, que tengo más de ciento y cincuenta personas que mantener y todo lo mantiene Dios cada día. Y si con esos veinticinco ducados que allá tenéis podéis allegar alguna cosa más, todo es menester; y envíame cuantos pobres llagados hubiere allá, y si no pudiere ser, no toméis pena ni trabajo. Envíame luego los veinticinco ducados, porque esos y muchos más debo, y los están esperando. Por señas que os los di en un talegoncillo de lienzo una noche en vuestra huerta de los naranjos, paseándonos entramos en el huerto. Yo espero en nuestro Señor Jesucristo que algún tiempo os pasearéis en el huerto celestial.

El arriero estaba muy de prisa, por eso no pude escribir largo porque es tanto el trabajo que he tenido acá que aún no me vaga estar un credo despacio. Por amor de nuestro Señor Jesucristo que luego, a la hora, me enviéis esos dineros, porque me dan harta prisa por ellos.

Por amor de nuestro Señor Jesucristo, que me encomendéis a la muy noble y virtuosa y generosa esclava de nuestro Señor Jesucristo, vuestra mujer, la que tanto deseo servir, y agradar a nuestro Señor Jesucristo y a nuestra Señora la Virgen María, siempre entera; y, por amor de Dios, obedecer y servir a su marido Gutierre Laso, esclavo de nuestro Señor Jesucristo, deseoso de servirle, amén Jesús.

También daréis mis encomiendas a vuestro hijo, el arcediano, que anduvo a pedir conmigo la bendita limosna, que es el menor esclavo de los esclavos de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra Señora la Virgen María, siempre entera, el que desea siempre servir y agradar a nuestro Señor Jesucristo y a su bendita madre nuestra Señora la Virgen María. Decidle que me escriba luego con ayuda de Dios y también vos, buen caballero y buen hermano mío en Jesucristo, Gutierre Laso me escribid y dadme mis encomiendas a todos vuestros hijos e hijas y a todos cuantos vos quisiereis. En Málaga hablaréis por mí, y daréis mis encomiendas al obispo y a todos los demás que vos quisiereis y viereis, que obligado soy a rogar por todos.

Cartas de San Juan de Dios

Vuestro hijo, el buen caballero, que me parece que es el mayorazgo, será como Dios quisiere, y nuestro Señor Jesucristo haga sus cosas y obras y hechos. Paréceme a mí que si Dios quisiere, que será mejor casarlo lo más presto que pudiereis, si él dice que quiere ser casado; y aunque os digo lo más presto, por eso no os habéis de matar, que la matanza que habéis de tomar ha de ser en rogar a Dios que le dé buena mujer, porque él ahora me parece que es harto mancebo. Ruega a nuestro Señor Jesucristo que en el saber sea viejo, mas cada uno debe de tomar estado, aquello que Dios le diere, aunque los padres y las madres no deben de tomar ahora tantos trabajos y congojas, si no fuere para rogar a Dios que les dé estado de gracia a todos y a todas cuando Dios quisiere. El uno se casará y el otro cantará misa; y en esto todo que aquí digo yo no sé nada, que Dios sabe todo.

Ruega a nuestro Señor Jesucristo que haga vuestros hechos como vos deseáis y como nuestro Señor Jesucristo sea más servido. Nuestro Señor Jesucristo sabe mejor lo que ha de hacer con vuestros hijos e hijas, y todo lo que nuestro Señor Jesucristo hiciere, lo habéis vos de dar por hecho y lo habéis de tener por bueno.

Los pecados que yo hiciere, confesarlos y hacer penitencia de ellos, porque los bienes que los hombres hacen no son suyos sino de Dios. A Dios la honra y la gloria y la alabanza, que todo es suyo, de Dios, amén Jesús. El vuestro menor hermano, Juan de Dios, si Dios quisiere, muriendo, mas empero callando y en Dios esperando, el que desea la salvación de todos como la suya misma, amén Jesús. Ruega a nuestro Señor Jesucristo que lo que vos hiciereis y vuestros hijos e hijas, todo sea para servicio de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra Señora la Virgen María. Que nuestro Señor Jesucristo no permita que hagáis cosa que a Él no sea agradable.

Amén Jesús.

SEGUNDA CARTA A GUITIERRE LASO

Sea Dios preferido a todas las cosas del mundo. Amén Jesús. Dios os salve, hermano mío en Jesucristo Gutierre Lasso, a vos y a vuestra familia y a cuantos Dios quisiere y tuviere por bien. Amén Jesús.

La presente es para comunicaros cómo llegué a muy bien, a Dios gracias, y traje más de cincuenta ducados. Con lo que tenéis ahí y con lo que yo he traído, pienso que sumarán unos cien ducados. Una vez aquí, me he empeñado en treinta ducados o más, pues todo resulta insuficiente, ya que tengo más de ciento cincuenta personas que mantener, y a todos los mantiene Dios cada día.

Por tanto, si con esos veinticinco ducados que allá tenéis, podéis adquirir alguna cosa más, todo es menester. Mas si no pudiese ser, no os preocupéis demasiado. Enviad

Cartas de San Juan de Dios

cuantos pobres llagados hubiere por ahí. Mandad pronto los veinticinco ducados, pues esos y muchos más debo que están esperando mis acreedores. Sirva de seña, que os lo di en un talegoncillo de lienzo una noche en que ambos paseábamos en vuestra huerta de los naranjos. Yo espero en nuestro Señor Jesucristo, que algún día os pasearéis en el huerto celestial.

El arriero tenía mucha prisa, y por eso no pude escribir largo; además es tanto el trabajo que tengo que no me queda tiempo ni para rezar un Credo despacio. Por amor de nuestro Señor Jesucristo, envid al punto los dineros, porque me están urgiendo por ellos.

Por amor de nuestro Señor Jesucristo, saludad y encomendadme a la muy noble, virtuosa y generosa esclava de nuestro Señor Jesucristo, vuestra esposa, la que tanto desea servir a nuestro Señor Jesucristo y a nuestra Señora la Inmaculada Virgen María, y por amor de Dios serviros a vos, su esposo Gutierre Lasso, esclavo de nuestro Señor Jesucristo y deseoso de servirle. Amén Jesús.

También daréis mis saludos a vuestro hijo, el arcediano que estuvo conmigo pidiendo la bendita limosna, el cual es el menor esclavo de nuestra Señora la Inmaculada Virgen María deseoso de servir y agradar siempre a nuestro Señor Jesucristo y a su bendita Madre Nuestra Señora, la Virgen María.

Decidle que me escriba pronto, con la ayuda de Dios. También vos, buen caballero y buen hermano mío en Jesucristo, escribidme. Dad saludos a vuestros hijos e hijas y a todos cuantos quisiéreis. En Málaga hablaréis por mí y daréis saludos al Obispo y a todos los demás que vos quisiéreis y viéreis, pues estoy obligado a pedir por todos.

En vuestro hijo, el buen caballero, que me parece es el mayor, hágase como Dios quisiere, y que nuestro Señor Jesucristo dirija sus cosas, obras y hechos. Paréceme a mí, que si Dios quisiere será mejor casarlo tan pronto como pudiéreis, si él desea casarse. Aunque os digo, lo más presto, no os habéis de inquietar, pues la inquietud que habéis de tomar ha de ser en rogar a Dios que le de buena esposa, porque él es muy joven por ahora. Quiera nuestro Señor Jesucristo que en el saber sea viejo. Cada uno debe tomar el estado que Dios le diere. Los padres y las madres no deben tomar ahora tantos trabajos y congojas, a no ser para pedir a Dios que les dé estado de gracia a todos y a todas, como Dios quisiere. Uno se casará y el otro cantará Misa, y en esto que digo yo no sé nada y es Dios quien sabe todo.

Quiera nuestro Señor Jesucristo dar cumplimiento a vuestros deseos y como nuestro Señor Jesucristo sea más servido. Nuestro Señor Jesucristo sabe mejor lo que ha de

Cartas de San Juan de Dios

hacer con vuestros hijos e hijas, y todo lo que nuestro Señor Jesucristo hiciere, lo habéis de dar por hecho y lo habéis de tomar por bueno.

Confesemos los pecados y hagamos penitencia de ellos, porque los bienes que los hombres hacen no son suyos, sino de Dios. A Dios la gloria, honra y alabanza, pues todo es suyo. Amén Jesús.

Quiera nuestro Señor Jesucristo que lo que vos hiciéreis y vuestros hijos e hijas, todo sea para servicio de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra Señora la Virgen María. Que nuestro Señor Jesucristo no permita que hagáis cosa que a El no sea agradable. Vuestro menor hermano Juan de Dios, si Dios quisiere muriendo, mas empero callando y en Dios esperando, el que desea la salvación de todos como la suya misma. Amén Jesús.

Cartas de San Juan de Dios

PRIMERA CARTA A LA DUQUESA DE SESA

Esta carta sea dada a la muy noble y virtuosa señora doña María de Mendoza, Duquesa de Sesa, esposa del generoso señor don Gonzalo Fernández de Córdoba, virtuoso y buen caballero de nuestro Señor Jesucristo, deseosa de servirle. Amén Jesús. Sea dada en su propia mano en Cabra (Córdoba), o donde estuviere. Amén Jesús.

En el nombre de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra Señora la Inmaculada Virgen María. Sea Dios preferido a todas las cosas del mundo. Amén Jesús. Dios os salve, hermana muy amada en Jesucristo, la buena Duquesa de Sesa, a vos y a todos los de vuestra compañía y a cuantos Dios quisiere y mandare. Amén Jesús.

La presente será, virtuosa Duquesa, para haceros saber como tan pronto me separé de vos, vine a Alcaudete (Jaén) para ver a doña Francisca, y de allí me dirigí a Alcalá la Real (Jaén), donde estuve muy enfermo cuatro días.

Me empeñé en tres ducados para socorrer a ciertos pobres muy necesitados, porque hallé todos los principales de Alcalá muy revueltos contra el Corregidor. Una vez curado salí para Granada, sin pedir en Alcalá. ¡Dios sabe la necesidad con que me esperaban los pobres!

Hermana mía en Jesucristo, la buena Duquesa, la limosna que me hicisteis y los ángeles la tienen asentada en el libro de la vida. El anillo está bien empleado, que dos pobres llagados hice vestir y compré una manta con lo que me dieron por él. Esta limosna está delante de Jesucristo rogando por vos. El alba y los candeleros puse luego sobre el altar en vuestro nombre, para que alcancéis parte en todas las misas y oraciones que aquí se dijeren. Quiera nuestro Señor daros por ello el galardón en el cielo. Dios os pague el buen recibimiento que me hicisteis vos y todos los de vuestra casa. Dios reciba vuestra alma en el cielo y la de todos cuantos hay en esa casa.

Mucho tengo que agradecer a todos los señores de Andalucía y Castilla, pero mucho más al buen Duque de Sesa y a todas sus cosas; mucha es y muy grande la caridad que de su casa he recibido y de todas sus cosas. Dios se lo pague cuantas veces me ha sacado de apuros y desempeñado. Quiera nuestro Señor Jesucristo traerle con bien y le dé hijos de bendición.

Buena Duquesa, lo que me encomendásteis, ya me entendéis, siempre lo he tenido en la memoria. Sea Dios preferido a todas las cosas del mundo, confiando sólo en Jesucristo, que es la perfecta certidumbre.

Cartas de San Juan de Dios

Digo yo, Juan de Dios, si Dios quisiere, que con la ayuda del Señor el Duque vendrá muy pronto y con salud de alma y cuerpo; cuando llegue, le preguntaréis lo que yo os dije y veréis si es verdad.

Confiad solo en Jesucristo: ¡Maldito el hombre que confía del hombre!, de los hombres has de ser desamparado, que quieras que no, mas de Jesucristo no, que es fiel y durable: todo perece excepto las buenas obras.

Siempre, buena Duquesa, andad a duerme y vela el pie en el estribo, pues estamos si bien lo miramos, en una continua guerra con el mundo, el diablo y la carne, y siempre es necesario que miremos por nosotros; pues no sabemos la hora que llamarán a la puerta de nuestra alma, y cual nos hallaren, tal nos juzgarán.

Cuando os fuéreis a acostar, buena Duquesa, signaros y santiguaros. Reafirmaros en la fe diciendo el Credo, Páter Noster, Ave María y Salve Regina, que son las cuatro oraciones que manda decir la Santa Madre Iglesia; mandad que las digan todas vuestras doncellas y criadas, yo creo que siempre las mandáis que las digan, pues ya les vi decir la doctrina cristiana cuando estuve allí.

Muy desconsolada estaréis, hermana mía, la buena Duquesa de Sesa, que me han dicho que se marcharon don Álvaro y don Bernardino: Jesucristo vaya con sus almas y los guíe con bien a la presencia de vuestra virtuosa y humilde doña María de Mendoza. No estéis desconsolada, consoláos con sólo Jesucristo. No querráis consuelo en esta vida, sino en el cielo, y si Dios os le quisiera dar aquí, dadle siempre gracias por ello.

Cuando os viéreis apasionada, recurrid a la Pasión del Señor y a sus preciosas llagas y sentiréis gran consolación. Mirad toda su vida, ¿qué fue sino trabajos, para darnos ejemplos? De día predicaba y de noche oraba; pues nosotros, pecadorcitos y gusanitos, ¡para qué queremos descanso ni riqueza, pues aunque tuviéramos todo el mundo por nuestro, no nos haríamos un punto mejores, ni nos contentaríamos con más que tuviésemos! Sólo aquel está contento que, despreciadas todas las cosas, ama a Jesucristo. Dándolo todo por el todo, que es Jesucristo, como vos lo dais y lo queréis dar, buena Duquesa, mostráis que queréis más a Jesucristo que a todo el mundo, confiando siempre en Él y por Él queréis a todos para que se salven.

¡Oh, buena Duquesa! Como la casta tortolica estáis sola y apartada en esa villa, fuera de la conversación de la Corte, esperando al buen Duque, vuestro generoso y humilde marido, en continuas oraciones y limosnas, haciendo siempre caridad, porque le alcance parte a vuestro virtuoso marido, el buen Duque de Sesa, y le guarde Cristo el cuerpo de peligro y el alma de pecado. Quiera Dios traerle presto a vuestra presencia

Cartas de San Juan de Dios

y os de hijos de bendición, para que siempre le sirváis, le améis y le ofrezcáis el fruto que os diere para que de ello se sirva.

Mucho os debe el Duque, pues siempre rogáis por él, y tenéis tanto cuidado y trabajo en sustentar la casa. Ahí cumplís las obras de misericordia, dando de comer y de vestir. Unos son viejos y otros son jóvenes, y ¿dónde irán sin vos, esas doncellas y dueñas, las huérfanas y viudas? Todos están obligados a serviros y seros leales, y vos a hacerles el bien, que Dios a todos quiere.

Si mirásemos cuan grande es la misericordia de Dios, nunca dejaríamos de hacer bien mientras pudiésemos, ya que dando nosotros por su amor lo que Él nos da, nos promete el ciento por uno en la bienaventuranza, ¡oh bienaventurado logro y usura!, ¿Quién no da lo que tiene a este bendito mercader, pues hace con nosotros tan buen negocio y nos ruega los brazos abiertos, que nos convirtamos y lloremos nuestros pecados, y hagamos caridad, primero a nuestras almas y después a los prójimos?, porque así como el alma mata el fuego, así la caridad al pecado.

Hermana mía en Jesucristo, habéis de saber que estoy en gran trabajo, como mi compañero Angulo os lo puede decir; estoy renovando toda la casa, que estaba muy perdida y llena de goteras, y con esta obra me hallo en gran necesidad. Por esto, he decidido escribir a Zafra (Badajoz), al Conde de Feria y Duque de Arcos, ya que está allá el Maestro Ávila, que será buen intercesor y me enviarán algún socorro para salir de apuros: pienso que lo harán con ayuda de Jesucristo.

Hermana mía, siempre os causo molestias, mas yo espero en Dios que algún día os será descanso para vuestra alma. Quiero comunicaros que el otro día, cuando estuve en Córdoba, caminando por la ciudad, hallé una casa con gran necesidad, en la que habitaban dos doncellas que tenían al padre y la madre enfermos en la cama, tullidos diez años hacía. Tan pobres y maltratados los vi, que me quebraron el corazón. Estaban desnudos, llenos de miseria, y con unos haces de paja por cama. Socorrílos con lo que pude, porque andaba deprisa negociando con el Maestro Ávila, más no les di como yo quisiera. El Maestro Ávila me mandó salir en seguida, y que me volviese a Granada. Con estas prisas dejé encomendados estos pobres a ciertas personas y pusieronlo en olvido, o porque no quisieron o no pudieron más. Me han escrito una carta que me han hecho quebrar el corazón de lo que me enviaban a decir.

Yo estoy en tanta necesidad, que el día que debo pagar a los que trabajan, se quedan algunos pobres sin comer. Dios lo sabe y os lo manifieste, que no me hallé sino con un real, que di a Angulo para el camino. Buena Duquesa, yo quiero, si Dios fuere servido, que ganéis vos esa limosna que aquéllos perdieron, que son cuatro ducados: los tres para aquéllas pobres que comprenden dos mantas y dos faldellines, que más vale un alma

Cartas de San Juan de Dios

que todos los tesoros del mundo, y no pequen aquéllas doncellas por tan poca cosa; el otro ducado será para Angulo, mi compañero, con el cual vaya a Zafra y vuelva, que lo estoy esperando hasta que venga con algún socorro. Más obligada sois a vuestros vasallos que no a los extraños, más dar acá o dar allá, todo es ganar: mientras más moros, más ganancia. Si no tuviérais con que poder hacer la limosna volverá Angulo a vender dos cahices de trigo a Alcaudete, y si se la diéreis, ya sabe él lo que debe hacer y donde viven aquéllas pobres.

Hermana mía, daréis gracias y mis saludos al ama vuestra en Valladolid, a todas esas doncellas, a la que canta y a todas las de la casa, también a mosén Juan. Nuestro Señor Jesucristo os guarde, mi buena Duquesa. Vuestro menor y desobediente hermano, Juan de Dios, si Dios quisiere muriendo, más empero callando y en Dios esperando, el que desea la salvación de todos como la suya misma. Amén Jesús.

Buena Duquesa, si le diéreis esa limosna, dadle una carta de dos renglones para que me la traiga y sepa si la hicisteis, y al trigo su tiempo le vendrá. Despachadlo presto a Angulo, con lo que Dios quisiere y mandare y vos le dieréis. Amén Jesús.

SEGUNDA CARTA A LA DUQUESA DE SESA

En el nombre de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra Señora la Inmaculada Virgen María. Sea Dios preferido a todas las cosas del mundo. Amén Jesús.

Hermana mía muy amada en Jesucristo, muy noble, virtuosa, generosa y humilde Duquesa de Sesa, Dios os salve y guarde a vos y a todos cuantos El quisiere y fuere servido. Amén Jesús. Esta es para haceros saber cómo estoy, y daros parte de todos mis trabajos, necesidades y angustias, que son cada día mayores, pero sobre todo ahora.

Cada día aumentan sobre manera las deudas y los pobres, los cuales muchos vienen desnudos, descalzos, llagados y llenos de miserias, lo cual hace necesario uno o dos hombres para su limpieza y aseo, trabajo que durará todo el invierno hasta el próximo mes de mayo. Así que, hermana mía en Jesucristo, mis trabajos crecen cada día mucho más.

Nuestro Señor Jesucristo quiso llevarse para sí a su muy querida y amada doña Francisca, hija de don Bernardino, sobrino del Marqués de Mondéjar; la cual mientras vivió acá en la tierra, con la ayuda de nuestro Señor Jesucristo, siempre hizo mucho bien a los pobres, de modo que a todas las personas que por amor de Dios le pedían, nunca le faltaba la bendita limosna que darles; de esta forma nadie marchaba desconsolado de su posada.

Cartas de San Juan de Dios

Por otra parte, esta bienaventurada doncella decía tan buenas palabras y daba tan buen ejemplo y buena doctrina, es decir, eran tantas las cosas que hacía, que para escribirlas era preciso un gran libro. No obstante, algún día escribiré más ampliamente las cosas de esta bienaventurada doncella doña Francisca, que nuestro Señor la quiso llevar ahora para sí, donde está viva y sana, con mucho placer y descanso, según creemos por lo que hemos visto todos los que la conocíamos. Mirando el amor de Dios, sus buenas obras y la gracia de Jesucristo que obraba en ella, a todos hacía bien, tanto con el consejo como con la limosna, ya que para todo y para todos le daba gracia Jesucristo.

Por tanto, según nuestro parecer, y por lo que acá en la tierra la vimos hacer todos los que la conocíamos, no podemos sino juzgar que está ahora descansando con nuestro Señor Jesucristo y con todos los ángeles de la corte del cielo. Mucho han sentido su muerte todos los que la conocían, así pobres como ricos; y con mucha más razón lo había yo de sentir que ningún otro, por el consuelo y buen consejo que siempre me daba; que por más desconsolado que a su casa iba, no salía sin consolación y buen ejemplo; y pues nuestro Señor fué servido de llevarnos tanto bien, bendito sea El por siempre, pues mejor sabe El lo que hace y nosotros necesitamos, que nosotros podemos pensarlo.

Hermana mía muy amada en Cristo Jesús. Os he querido dar cuenta de mis trabajos, angustias y necesidades porque se que os doléis de mí, como yo haría de vuestras cosas. Mucho os debo, buena Duquesa, y nunca olvidaré el buen tratamiento que me hicisteis; más de lo que yo merecía; nuestro Señor Jesucristo os lo pague en el cielo y os traiga con bien al buen Duque de Sesa, vuestro muy humilde marido, y os dé hijos de bendición, con que le sirváis y améis sobre todas las cosas del mundo. Confía sólo en Jesucristo que vendrá muy pronto y con salud del cuerpo y del alma, y no estéis apasionada ni desconsolada, que de aquí en adelante os sentiréis más alegre que hasta aquí habéis estado; y hallaréis que es verdad lo que os dije, confiando sólo en Jesucristo; Dios ante todas las cosas del mundo, pues yo no sé nada, Jesucristo lo sabe todo, y con su ayuda habéis de ser consolada muy pronto con la vista de vuestro humilde marido, al cual yo tanto quiero y amo y tanto me debo a él y a todas sus cosas, por cuantas veces me ha sacado del apuro, me ha desempeñado y me ha consolado con su bendita limosna, la cual tienen los ángeles consignada en el Cielo en el libro de la vida, donde tiene acumulado un gran tesoro para cuando vayáis allá, buena Duquesa de modo que gocéis de él para siempre vos y vuestro humilde marido, el buen Duque de Sesa.

Quiera nuestro Señor Jesucristo traerosle pronto ante vuestros ojos y os dé hijos de bendición, para que deis gracias, como siempre se las dais a nuestro Señor Jesucristo

Cartas de San Juan de Dios

por todo lo que El hace y nos da, pues si algunas veces nos da trabajos y angustias, es para nuestro provecho y para que merezcamos más.

No hallo mejor remedio ni consuelo para cuando me encuentro apasionado que el mirar y contemplar a Jesucristo crucificado; y pensar en su Pasión santísima, con los trabajos y angustias que padeció en esta vida; y todo por nosotros, pecadores, malos, ingratos y desconocidos; y mirando al Cordero sin mancha padecer tantos trabajos sin merecerlo. ¿Por qué queremos y buscamos descanso y placer en la tierra donde tantos males y penas dieron a Jesucristo, que nos crió y nos redimió? ¿Qué esperamos nosotros tener?

Y así, si bien lo miramos, buena Duquesa, esta vida no es otra cosa sino una guerra continua, sufrida mientras estamos en este destierro y valle de lágrimas, combatidos siempre de tres enemigos mortales, que son: el mundo, el diablo y la carne. El mundo nos llama con vicios y riquezas, prometiéndonos larga vida, diciendo: anda, que joven eres; date a buen placer, que a la vejez te enmendarás. El diablo, echándonos siempre lazos, redes en que caigamos y tropecemos y no hagamos bien ni caridad; metiéndonos en cuidados de los bienes temporales para que no nos acordemos de Dios ni de poner el cuidado que habíamos de tener en nuestra alma en limpiarla y vestirla de buenas obras. Así, salidos de un cuidado nos encontramos metidos en otro; o, que ahora en acabando este negocio quiero enmendar mi vida y así una y otra vez, nunca acabaos de salir de los embaucamientos del demonio, hasta que viene la hora de la muerte y resulta falso todo lo que el mundo y el diablo prometen. Y si tal cual nos hallará el Señor, tal nos juzgará, bueno será enmendarnos con el tiempo, y no hacer como aquellos que dicen mañana, más mañana, y así nunca comienzan. El otro enemigo, el mayor, que como ladrón de casa y doméstico, bajo buenas palabras y buen parecer, procura siempre perdernos, es la carne o nuestro cuerpo, que no quiere sino buen comer, buen beber, buen vestir y dormir, poco trabajo, lujuriar y vanagloriarse.

Para estos tres enemigos precisamos mucho el favor, ayuda y gracia de Jesucristo; despreciarnos a nosotros mismos del todo, por el todo, que es Jesucristo, confiando sólo en El, confesando la verdad y todos los pecados al pie del confesor, cumpliendo la penitencia que nos mandare, y proponiendo nunca más pecar por sólo Jesucristo; y si pecáremos, confesar a menudo. De esta manera podremos vencer a estos enemigos que he dicho, no confiando en sí mismo porque caeríamos mil veces al día en pecado, sino confiando sólo en Jesucristo; y por sólo su amor y bondad, no murmurar ni hacer mal ni daño al prójimo, sino querer para el prójimo aquello que querríamos que nos hiciesen a nosotros; desear que todos se salven y amar y servir a sólo Jesucristo por ser El quien es. Y no por temor del infierno. Y en cuanto sea

Cartas de San Juan de Dios

posible que el confesor sea bueno, docto y de buena fama y vida. Todo esto, hermana mía en Jesucristo, lo sabéis vos mejor que yo, y cuando vos quisierais enviarme algún buen consejo, lo recibiré de muy buen agrado, como de hermana mía en Jesucristo.

Y, ahora, hermana mía muy amada y querida, quisiera preguntarnos cómo estáis, o cómo os va después que se fueran D. Álvaro y D. Bernardino, vuestros muy nobles, virtuosos y humildes tíos y hermanos míos en Jesucristo, a quienes quiero mucho. Dios les pague la buena acogida que, donde quiera que me hallan, siempre me hacen o me han hecho. Nuestro Señor reciba en el cielo sus almas y los lleve en buen estado a la presencia de vuestra muy humilde, noble, virtuosa y generosa madre, doña María de Mendoza, quien siempre desea agradar y servir a nuestro Señor Jesucristo.

Envíame a decir cómo llegaron y cómo les va, así como de las buenas nuevas del buen Duque, vuestro muy humilde marido, que de todo su bien me holgaré mucho, de cómo le va y cómo está y en qué parte. Plazca a nuestro Señor Jesucristo traerle pronto y con salud del cuerpo y del alma a él, a toda su compañía y a todos cuantos Dios quisiere. Amén Jesús.

¡Oh, hermana mía muy amada, buena y humilde Duquesa! Cómo estáis sola y apartada en ese castillo de Baena (Córdoba), rodeada de vuestras muy virtuosas doncellas y muy honradas y honestas señoras, trabajando y tejiendo noche y día por no estar ociosa ni gastar el tiempo en vano; queréis tomar ejemplo de nuestra Señora la Inmaculada Virgen María, la cual siendo Madre de Dios, Reina de los Ángeles y Señora del mundo, tejía y trabajaba todo el día para su sustento; y de noche y parte del día oraba en su retiro, para darnos a entender que, después del trabajo hemos de dar gracias a nuestro Señor Jesucristo, porque usa con nosotros de tanta misericordia en darnos de comer, beber, vestir y todas las demás cosas sin merecerlo; que si El no lo bendijera ¿qué valdría nuestro trabajo, astucia y diligencia? Así, pues, continuad siempre trabajando e interesándoos en las obras de misericordia; haciendo recitar a todos y a todas la doctrina cristiana, las cuatro oraciones que manda la Santa Madre Iglesia; haciendo enseñar al que no sabe. Continúad pensando siempre en la Pasión de nuestro Señor Jesucristo y en sus llagas preciosas, y decidle que queréis más a El solo que a todas las cosas del mundo, y que queréis y amáis lo que El quiere y ama, y aborrecéis lo que El aborrece, y que por su amor y bondad, no por otro interés, queréis hacer bien y caridad a los pobres y personas necesitadas.

Ahora, pues, hermana mía, perdonadme por lo prolijo que siempre soy en escribir, aunque no os escribo todo lo que yo quisiera, ya que estoy muy apasionado y aún malo de los ojos, y con mucha necesidad, lo cual os haga comprender nuestro Señor Jesucristo. Con esta obra que he comenzado estoy muy preocupado porque estoy

Cartas de San Juan de Dios

renovando todo el hospital y son muchos los pobres, y grande el gasto que aquí se hace, y todo se provee sin renta, aunque Jesucristo lo provee todo, pues yo no hago nada. Querría ir pronto por esa parte de Andalucía hasta Zafra (Badajoz) y Sevilla, mas no puedo hasta acabar esta obra con el fin de que no se pierda. Y, por otra parte, estoy tan empeñado y con tanta necesidad, que no sé qué hacerme. Así, pues, hermana mía muy amada en Jesucristo, allá envió a Angulo para que venda el trigo o lo traiga, según os pareciere mejor; ya que, en fin, tengo gran necesidad de dinero para esta obra, y para pagar algunas deudas que me cuestan los ojos. Como no tengo tampoco con qué pagar a los que lo vengán a traer, siendo mucho el coste, me parece, por tanto, mucho mejor venderlo. Ved vos, hermana mía, lo que os parece y mejor fuere. Angulo lleva la cédula del trigo y mi poder, que hice hacer a un escribano. Por amor de nuestro Señor Jesucristo, que no venga sin algún socorro de una manera o de otra, pues en cuanto vuelva Angulo, nos partiremos para Sevilla y Zafra para ver al Conde de Feria y al Duque de Arcos, ahora que se encuentra allí el maestro Ávila, que ha ido a verlos. Por ventura agradecerá a nuestro Señor Jesucristo, y me desempeñarán de alguna cosa. Mejor es ir yo mismo que no enviar cartas, porque tienen tantos negocios y pobres a quien dar limosna, que si no está uno delante luego se les pasa de la memoria aquello que les envían a decir, lo cual no me maravilla, porque los señores son muy combatidos de los pobres y les dan mucho fastidio. El maestro Ávila, además, me envía a decir por medio de Angulo que me llegue allá.

Hermana mía en Jesucristo. El os pague en el Cielo la limosna que disteis a Angulo para aquellos pobres y para su camino, que fué de cuatro ducados El ya lo contó todo, y cómo os dolíais de mis trabajos. Perdonadme el no poder pasar por ahí, a causa de unas cartas. Por tanto, hermana mía muy amada en Jesucristo, ruegoos, por amor de nuestro Señor Jesucristo, que os dolíais de mis trabajos, angustias y necesidades, para que Dios tenga misericordia de vos y de todas vuestras cosas y de cuanto Dios quisiere y fuere servido. Amén Jesús.

Hermana mía, buena Duquesa: dad mis saludos a vuestra muy virtuosa ama, que ruegue a Dios por mí, que así haré yo por ella, y a todas las muy humildes y virtuosas señoras y doncellas de vuestra noble casa, que todas rueguen a Dios por mí, porque estoy envuelto en gran guerra y batalla. Asimismo dad mis saludos a mi hermano muy querido mosén Juan; que me escriba cómo está y cómo le va, y a todos los caballeros y criados de vuestra muy noble casa; que todos rueguen a nuestro Señor Jesucristo que me dé gracia y favor para vencer al mundo, al diablo y a la carne; para guardar sus Santos Mandamientos, y me conceda tener y creer todo lo que tiene y cree la Santa Madre Iglesia; confesando con verdad y contrición todos mis pecados; cumplir la penitencia que me fuere mandada hacer por el confesor, y amar y servir a sólo

Cartas de San Juan de Dios

Jesucristo, que así lo haré yo por ellos. A doña Isabel, la música, dadle también mis saludos, decidle que nuestro Señor Jesucristo la conceda crecer en virtudes de bien en mejor. Allá va Juan de Ávila, que es mi compañero, aunque siempre le llamo yo Angulo, mas su propio nombre es Juan de Ávila.

Hermana mía muy amada, buena Duquesa de Sesa, enviadme otro anillo, o cualquier cosa que sea de vuestro uso, para tener algo que empeñar, que el otro bien empleado está, pues ya lo tenéis en el Cielo. Decidle a la muy humilde ama, a todas las señoras y doncellas, que si tienen alguna cosita de oro y plata que enviar para los pobres y, por consiguiente para el cielo, que me lo envíen para que me acuerde de ellas. Nuestro Señor Jesucristo os salve y guarde, buena Duquesa, tanto a vos como a toda vuestra compañía, y a cuantos Dios quisiere y fuere servido. Amén Jesús. Y sin ello y con ello, quedo en gran obligación de rogar a Dios por todos y por todas las de vuestra noble casa.

Vuestro desobediente y menor hermano Juan de Dios, si Dios quisiere muriendo, mas mientras tanto, callando y en Dios esperando, quien desea la salvación de todos como la suya propia. Amén, Jesús.

Buena Duquesa, muchas veces me acuerdo de los regalos que me haciais en Cabra (Córdoba) y Baena (Córdoba), así como de aquellos pedazos de pan que me entregabais para repartirlos. Dios os dé el Cielo y os haga partícipe de sus bienes. Amén Jesús.

TERCERA CARTA A LA DUQUESA DE SESA

Sea entregada esta carta a la humilde y generosa doña María de los Cobos y Mendoza, esposa del noble y virtuoso señor don Gonzalo Fernández de Córdoba, Duque de Sesa, hermanos míos en Nuestro Señor Jesucristo.

En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo y de nuestra Señora la Inmaculada Virgen María. Sea Dios preferido a todas las cosas del mundo. Amén Jesús. Dios os salve, hermana mía en Jesucristo, la buena Duquesa de Sesa, y a todos los que con vos están y cuantos Dios quiera y mande. Amén, Jesús.

El gran amor que siempre os he tenido, tanto a vos como a vuestro humilde esposo el buen Duque, me obliga a no olvidaros, por lo mucho que os debo y obligado que os estoy por haberme ayudado y socorrido siempre con vuestra bendita limosna y caridad, en mis trabajos y necesidades, para sustentar y vestir a los pobres de esta

Cartas de San Juan de Dios

Santa Casa de Dios y de otras muchas además de ésta. Muy bien lo habéis hecho siempre como buenos defensores y caballeros de Jesucristo.

Todo esto me obliga a escribiros esta carta, buena Duquesa, porque no sé si podré veros y hablaros más veces; en mi lugar, sea Jesucristo quien os vea y hable con vos. Es tan grande el dolor que me causa mi enfermedad, que no puedo hablar, y no sé si podré terminar de escribiros esta carta. Mucho desearía veros, por tanto, rogad a Jesucristo, siempre que en ello sea El servido, para que me dé salud que El sabe necesito para salvarme y hacer penitencia de mis pecados. Si dándome la salud es El servido, luego en poniéndome bueno, quiero ir a visitaros y llevaros las niñas que me habéis pedido.

Hermana mía en Jesucristo, había pensado estar ahí la Pascua de Navidad, mas Jesucristo lo ordenó mucho mejor de lo que yo merecía. ¡Oh buena Duquesa! Jesucristo os pague en el Cielo la limosna y santa caridad que siempre me hicisteis y os traiga con bien al buen Duque, vuestro muy generoso y humilde marido, y os dé hijos de bendición, que yo espero en Jesucristo, que así lo hará. Y acordaos bien de lo que os dije un día en Cabra (Córdoba): “Tened esperanza en Jesucristo sólo, que de Él seréis consolada aunque al presente paséis trabajos, porque al fin todos ellos han de ser para mayor consolación y gloria vuestra si por Jesucristo los padecéis”.

¡Oh buenos Duques! De Dios seáis benditos y toda vuestra generación. Como no puedo veros, desde aquí os bendigo, aunque indigno pecador: Dios que os hizo y os crió, os dé también la gracia con que os salvéis. Amén Jesús: La bendición de Dios Padre, el amor del Hijo y la gracia del Espíritu Santo sea siempre con vosotros, con todos y conmigo. Amén, Jesús. De Jesucristo seáis consolados y socorridos, pues por Jesucristo me ayudasteis y socorristeis, hermana mía en Jesucristo, la buena y humilde Duquesa.

Si Jesucristo es servido llevándome de esta vida presente, aquí dejo ordenado que cuando venga mi compañero Angulo, que ha ido a la Corte, y al cual os encomiendo, porque él y su mujer quedan muy pobres, os lleve mis armas, que consisten en tres letras de hilo de oro, las cuales están en raso colorado. Las tengo guardadas desde que entré en batalla con el mundo. Guardadlas muy bien con esta cruz, para darlas al buen Duque cuando Dios le traiga con bien.

Están en raso colorado para que tengáis siempre en vuestra memoria la preciosa sangre que nuestro Señor Jesucristo derramó por todo el género humano, y su Sacratísima Pasión, porque no hay más alta contemplación que en la Pasión de

Cartas de San Juan de Dios

Jesucristo, y cualquiera que sea devoto de ella no se perderá con la ayuda de Jesucristo.

Tres son las letras porque tres son las virtudes que nos encaminan al Cielo: la primera es la fe, por la que creemos todo lo que cree y tiene la Santa Madre Iglesia, guardando sus mandamientos y poniéndolos por obra; la segunda es la caridad, teniendo caridad primero de nuestras almas, limpiándolas con la confesión y penitencia, después caridad con nuestros prójimos y hermanos, queriendo para ellos lo que queremos para nosotros; la tercera es la esperanza en sólo Jesucristo, pues por los trabajos y enfermedades que por Él pasáramos en esta vida miserable, nos dará la gloria eterna por los méritos de su Sagrada Pasión y su gran misericordia. Son de oro las letras, porque así como el oro es tanpreciado metal y para serpreciado ha de resplandecer y tener el color que exige, lo cual requiere primero ser apartado de la tierra e inmundicia en que se da y después purgado por el fuego para quedar limpio y apurado, así también conviene que el alma, que es joya tanpreciada, sea apartada de los deleites y carnalidades de la tierra, y de esta manera quede sola con Jesucristo, para ser después purgada en el fuego de la caridad con trabajos, ayunos y disciplinas y áspera penitencia, y así seapreciada de Jesucristo y resplandezca delante del acatamiento divino.

El paño tiene también cuatro esquinas que representan las cuatro virtudes que acompañan a las tres que hemos dicho primero, y son éstas: Prudencia, Justicia, Templanza y Fortaleza. La Prudencia nos muestra cuán prudentes y sabios nos hemos de mostrar en todas las cosas que hagamos o pensemos, tomando consejo de los más viejos y que saben más. La Justicia quiere decir que seamos justos, dando a cada uno lo que es suyo; a Dios lo que es de Dios y al mundo lo que es del mundo. La Templanza nos enseña que templadamente y con regla: comamos, bebamos, nos vistamos y todas las demás cosas que son menester para servicio de los cuerpos humanos. La Fortaleza nos dice que seamos fuertes y constantes en el servicio de Dios, mostrando alegre el rostro en los trabajos, fatigas y enfermedades, así como en la prosperidad y consuelo, dando gracias a Jesucristo por lo uno y por lo otro.

Tiene el paño por el reverso una cruz a manera de aspa; todo el que desea salvarse ha de llevarla conforme Dios quiera y con la gracia que El le dé, si bien todos persiguen un mismo fin, cada uno va por el camino que Dios le traza; así, unos son frailes, otros clérigos, otros ermitaños y otros son casados, de tal manera que en cualquier estado se puede uno salvar si quiere. Todo esto, buena Duquesa, lo sabéis vos mucho mejor que yo, y, por lo tanto, huelgo de hablar a quien me entiende.

Cartas de San Juan de Dios

Tres cosas debemos a Dios: amor, servicio y reverencia. Amor porque como a Padre Celestial hemos de amarle sobre todas las cosas del mundo. Servicio, sirviéndole como a Señor, por sola bondad y no por el interés de la gracia que ha de dar a los que le sirvieron. Reverencia como a Creador, no trayendo a la boca su Santo nombre, no siendo para darle gracias y bendecir su Santo Nombre.

En tres cosas, buena Duquesa, habéis de emplear el tiempo de cada día: en oración, en el trabajo y en el mantenimiento para el cuerpo.

En oración, dando gracias a Jesucristo, luego que os levantéis por la mañana, por los bienes y mercedes que siempre os hace, por haberos criado a su imagen y semejanza y porque nos dio la gracia de ser cristianos; pidiendo después misericordia a Jesucristo para que nos perdone y rogando, en fin, a Dios por todo el mundo.

En el trabajo, trabajando corporalmente, ocupándonos en algún ejercicio que sea virtuoso, para que merezcamos lo que comemos, a ejemplo de Jesucristo, que trabajó hasta la muerte, y porque no hay cosa que engendre más pecados que la ociosidad. En mantenimiento para nuestro cuerpo, porque así como un arriero cura y mantiene un animal para servirse de él, así conviene que le demos a nuestro cuerpo lo que necesita y de esta manera tengamos fuerzas para servir a Jesucristo.

Hermana mía muy amada y muy querida, por amor a Jesucristo os ruego que tengáis tres cosas en la memoria, que son: la hora de la muerte, de la cual ninguno puede escaparse; las penas del infierno; la gloria y bienaventuranza del Paraíso. En la primera, pensad cómo la muerte consume y acaba todo lo que este miserable mundo nos da, y no nos deja llevar con nosotros sino un pedazo de lienzo roto y mal cosido. Lo segundo, pensad cómo por tan leves deleites y pasatiempos que presto se pasan, hemos de ir a pagarlos, si morimos en pecado mortal, al fuego del infierno, que siempre dura. En tercer lugar, considerad la gloria y bienaventuranza que Jesucristo tiene guardada para los que le sirven, las cuales nunca ojo vió, ni oído oyó, ni corazón alguno pudo pensar.

Así, pues, hermana mía en Jesucristo, esforcémonos todos por amor de Jesucristo, y no nos dejemos vencer de nuestros enemigos: el mundo, el diablo y la carne. Sobre todo, hermana mía, tened siempre caridad, que es la madre de todas las virtudes.

Hermana mía, mucho me atormenta el dolor y no me deja escribir; quiero descansar un poco, ya que os quiero escribir largamente porque no sé si nos veremos más. Jesucristo sea con vos y con toda vuestra compañía, etc.